

## LA HIJA DE JAIRO

---

- I Jairo ante el cadáver de su hija.
- II *Non est morta puella, sed dormit.*
- III Vuelta á la vida.
- IV La voz de la resucitada.

¿Do van las mal ceñidas  
Veladas *Plañideras?*  
¿Sus voces lastimeras  
Qué quieren anunciar?  
Traspasan de un palacio  
El pórtico espacioso.  
¿De quién es el pomposo,  
Solemne funeral?

Del opulento Jairo  
Aquella es la morada  
Allí la muerte airada  
Su dardo disparó;



Allí contempla un padre,  
Con aterrados ojos,  
Los pálidos despojos  
Del fruto de su amor.

Trocara el triste Jairo,  
Con júbilo y presteza,  
Su fausto y su grandeza  
Por miserable hogar,  
Si sacrificios, dones,  
O humano poderío  
Pudieran aquel frío  
Cadáver animar.

Cadáver de una niña  
Tan bella como pura:  
Tesoro de hermosura,  
Dechado de candor.  
Fué su existencia breve,  
La vida de una rosa;  
La muerte, nunca ociosa,  
Sus galas marchitó.

Conserva todavía  
Su cuerpo inanimado  
Del rostro nacarado  
La delicada tez,  
Las hebras del ondoso  
Cabello refulgente,  
Del seno la naciente  
Alzada redondez.

Semeja de alabastro  
Bellísima escultura,

De larga vestidura  
Y helénico perfil.  
Y su expresión revela  
Que un dulce pensamiento  
La suavizó el momento  
Amargo de morir.

Más lívida de Jairo  
Se ve la faz sombría;  
Dos tumbas aquel día  
La suerte preparó:  
Encerrará á la niña  
La tumba de la tierra,  
Al pobre viejo encierra  
La tumba del dolor.

Y ya desesperado,  
Su luenga barba mesa;  
Ya enternecido besa  
La exánime beldad;  
Que escucha le parece  
Sus ayes dolorosos,  
Y nombres cariñosos  
El mísero la da.

Con vivo colorido  
Se traza en su memoria  
La milagrosa historia  
Que cuentan de Jesús,  
Del justo Nazareno,  
A cuya voz bendita  
El muerto resucita  
Y el ciego ve la luz.



Acusa de tardío  
Al propio pensamiento,  
Y con repuesto aliento  
Y varonil vigor,  
Aplaza su quebranto,  
Ligero se levanta,  
Y va con ágil planta  
Buscando al Salvador.

Se dice convencido  
Que Cristo es el Mesías  
Del férvido Isaías,  
Del lúgubre Ezequiel.  
En su terrible angustia  
Su gran fervor estriba,  
Porque el dolor aviva  
La llama de la fe.

Con paso infatigable,  
Henchido de esperanza,  
Por la ciudad avanza  
En busca de Jesús,  
Del jefe prometido  
De la nación hebrea,  
Del mártir de Judea,  
Del *Hombre* de la cruz;

Del *Hombre* á quien le deben  
Su luz la inteligencia,  
Sus fueros la conciencia,  
Su vida el corazón,  
La muerte sus encantos,  
Su palma el sacrificio,  
Y derrocado el vicio  
Magnánimo perdón.



La resurrección de la Hija de Jairo.



Y Jairo ante el Mesías  
Prostérnase de hinojos,  
Los abatidos ojos  
Apenas puede alzar,  
Su mal y su deseo  
Suspira en frase breve,  
Y Cristo se conmueve  
Y tras de Jairo va.

Jesús, cual recatando  
Su esencia omnipotente,  
Así dice á la gente  
Que mira en derredor:  
—“Tan sólo está dormida  
La que juzgásteis muerta,  
Y la veréis despierta  
Al eco de mi voz.”

Y como Abril benigno,  
Tras crudo invierno fiero,  
Desata al prisionero  
Helado manantial,  
Así su voz deshace  
El hielo de la muerte,  
Y el bello cuerpo inerte  
Principia á respirar.

En sus rasgados ojos  
Luz apacible brilla,  
Colora su mejilla  
Ligero rosicler.  
El padre queda inmóvil,  
Atónito, suspenso,  
Con gozo tan intenso  
Que tiembla de placer.



—El Salvador se aleja—  
La niña en el anciano,  
Su débil, tibia mano  
Apoya para andar;  
Y con incierta planta  
(Que mal en pie se rige)  
Ansiosa se dirige  
El cielo á contemplar.

En vasto giro inútil  
Prolonga su mirada,  
Sin que divise nada  
De lo que anhela ver;  
Cual si en eternas sombras  
Sumido al orbe viera,  
Le asusta de la esfera  
La densa lóbreguez.

• ¿Del recobrado mundo  
Le agobian las cadenas?  
¿Suspira por las penas  
Que tiene que sufrir?  
La niña al níveo pecho  
Inclina tristemente  
Su enajenada frente,  
Y á Jairo dice así:

“Las sienes abrasadas,  
Acongojado el pecho,  
En el revuelto lecho  
Postrábame el dolor:  
Nublábanse mis ojos,  
Y por doquier sentía  
Confusa vocería,  
Monótono rumor.

Mis párpados de pronto  
Se entornan blandamente,  
Arómase el ambiente  
Con nardos y azahar;  
Me arrulla y me embelesa  
De oculta lira de oro  
Dulcísimo, sonoro  
Y armónico vibrar.

Hollando con sus plantas  
Arrebolada nube,  
Gentil, blondo querube  
Del éter descendió.  
Del morador del cielo  
El cerco centellante  
Con esplendor brillante  
Mi faz iluminó.

Un ósculo de suave  
Y de hermanal ternura  
Dió el ángel de la altura  
En mi turbada sién;  
Y desceñida al punto  
De la terrena veste,  
A la región celeste  
Gozosa me lancé.

Y sin afán molesto  
Ni esfuerzo fatigoso,  
Siguiendo al venturoso  
Espíritu inmortal,  
Hendí los no medidos  
Espacios, coronados  
Con orbes inflamados  
Que ruedan sin cesar.



Contemplo al remontarme  
Portento tras portento,  
Del suelo al firmamento  
Llenando la extensión;  
La escala se dibuja  
De innumerables gradas,  
Por ángeles guardadas  
Que en sueños vió Jacob.

De esfera á esfera cruzan  
Estrellas misteriosas,  
Y notas cadenciosas  
De mágico laúd,  
Y de abrasada mirra  
Embalsamadas nubes,  
Y alígeros querubes  
Y espíritus de luz.

Me esfuerzo vanamente  
Con temerario empeño,  
Tan inefable ensueño  
Queriendo relatar.—  
Perenne primavera,  
Belleza inmarcesible,  
Sosiego inextinguible,  
Eterna libertad;

De amor inagotable  
La sin igual delicia,  
En triunfo la justicia,  
Con lauro la virtud;  
A su perdida patria  
La humanidad volando,  
Por lábaro llevando  
Ensangrentada cruz;

Y, en fin, la cumbre célica,  
Espléndida, infinita:  
Tal fué mi mal descrita  
Seráfica visión.  
Por eso, al despertarme,  
Al verme en este suelo,  
La hiel del desconsuelo  
Me amarga el corazón.

Yo he visto, padre mío,  
De par en par abierta  
La reforzada puerta  
A dó se estrella el mal;  
Y al traspasar del cielo  
El muro de diamante,  
Gemido penetrante  
Me tuvo en el umbral.

En Palestina un hombre  
Mi ausencia lamentaba,  
Llorando me llamaba.  
Escucho y es tu voz,  
Y tiemblo, gimo, dudo,  
Me rinde tu quebranto;  
Y dejo al ángel santo  
Y acudo á tu dolor.

Desciendo, padre, en alas  
De la filial ternura,  
¿Qué vale mi ventura  
Si cuesta tu pesar?  
Es caro el goce eterno  
Con tu aflicción comprado;  
No quiero de tu lado  
Volverme á separar.



¿Fué larga mi jornada?  
¿Duró breve momento?  
¿Quién tu apenado acento  
Llevó á mi corazón?  
¿Quién me mostró la puerta  
Del inmortal seguro?  
¿Quién á este valle obscuro  
Mi espíritu lanzó?

Si cuadro tan magnífico,  
Tan bello y halagiieño,  
Fué realidad ó sueño,  
Decirte no podré;  
Mas sé que la bajeza  
Del mundo he comprendido,  
Que niña me he dormido  
Y desperté mujer.

No digo bien; el eco  
Que vibra en mi conciencia,  
No es, padre, la experiencia  
De la madura edad.  
Ni quemo incienso inútil  
Con esperanza vana  
De la ventura humana  
En el profano altar.

No cubre ya mis ojos  
Del mal la espesa venda,  
Y en la escabrosa senda  
Que lleva á ser feliz,  
Cual peregrina cauta  
Caminaré de día,  
Y para solo guía,  
Señor, te quiero á tí.

Encontraré al embate  
Del infortunio rudo  
Inquebrantable escudo  
En el paterno hogar,  
Aquí, contigo, lejos  
Del mundanal ruido  
En sosegado olvido,  
En venturosa paz.